



Cartas a Plinio (el Joven) IX

Ciudadanía, 01/09/2016

Cada uno tiene su propia idea de la felicidad. Plinio, *Cartas*.

Ludovicus Plinio suo salutem plurimam dat. He de confesarte, querido amigo, que cuando leí estas palabras tuyas en una de tus cartas, regresé, casi automáticamente, como le pasó a Proust con la magdalena, a una olvidada parte de mi dilatada vida. A aquella en la que, con un grupo de amigos y conocidos, pasaba las tardes enteras, fumando y tomando cafés, en cualquier bar donde discutíamos, durante horas y horas, sin llegar jamás a ninguna conclusión, si el hombre es bueno por naturaleza y la sociedad, es decir los otros hombres, lo corrompen o no. O si este nace ya corrupto o bueno. Allí había opiniones para todos los gustos: unos creían en el destino, y se sabían ya predestinados para ser de una forma o de otra; otros no pensaban nada porque el problema, decían, era irresoluble y, además, no nos conducía a nada; y los más, influidos por lo que en aquella época entendíamos de marxismo y de dialéctica, creíamos que todos nacemos iguales, y que son nuestras actuaciones, nuestra situación social, y la interacción con los demás, los que nos van haciendo de una forma o de otra. Como puedes ver, y aunque los resumo, había para casi todos los gustos.

Se logró un cierto consenso al decir uno de aquellos compañeros que ser bueno o malo, por poner dos ejemplos un tanto burdos, no se consigue de golpe, y por nacimiento. Se logra, por el contrario, poco a poco, con pequeñas decisiones que, a veces, consideramos erróneas, lo cual nos hace cambiar de forma de actuar: y así tenemos que una misma persona puede ser y actuar de una forma u otra, según las circunstancias, o lo que ha juzgado como erróneo y que no debe volver a cometer; y, también, según el humor o las personas con las que se rodee en el momento. Ahora bien, ¿es posible que se dé el caso de que una persona yerre, y en vez de corregir su error, emprenda eso que se ha dado en llamar una huida hacia delante? Si es así, esta persona va amontonando errores sobre errores. Y puede suceder que en un momento de su vida todo se vuelva en su contra, o que se muera odiando al mundo entero por culpa de toda una vida cuajada de decisiones erróneas. Y surgía entonces la otra pregunta: ¿Tan difícil es rectificar? ¿Hasta qué punto una persona es capaz de ver y percibir sus propios errores?

No tuvimos en cuenta, en aquellos momentos, quizás por la poca relevancia que les dábamos, a los maestros y profesores que nos enseñaban, y que, de alguna forma, nos educaban. Y menos todavía a nuestros padres de quienes necesitábamos distanciarnos. No obstante, no le falta razón a Juan Luis Vives cuando dice aquello de “desgraciado aquel que no tiene quien lo amoneste cuando lo necesita”¹.

Cierto es, no obstante, que había compañeros en aquel grupo que le daban importancia, y mucha, a la educación, al ambiente que cada uno respirábamos en nuestra propia casa, a los padres, a los familiares, a los profesores y a los amigos. Pero eso nos llevaba a otro problema no menos acuciante e interesante: ¿Cómo es posible que de los mismos padres surjan hijos tan dispares? ¿Un Caín y un Abel por ejemplo? Y a partir de ahí también nos veíamos en la necesidad de definir el bien y el mal. ¿Era culpable Caín de su crimen? Todos estaban de acuerdo en que sí: Caín, como todos nosotros, tenía libre albedrío, así que podía haber escogido no matar a su hermano, alejarse de él, olvidarlo y no derramar sangre. No lo hizo. Mató, por el contrario, a su hermano. Y para mis compañeros ahí se terminaba el problema: él había escogido ser un asesino. Para mí no se terminaba nada, comenzaba otro planteamiento.

Me llamaba la atención, y mucho, que un dios tan terrible y vengativo como el de la Biblia dejara irse, sin más, al primer homicida de la historia. ¿Y por qué? Cuando perdí el miedo a blasfemar, pensé que dios, en el fondo, se sentía culpable por lo que había sucedido. Culpable por mimar y preferir al boquirrubio que pasaba el día tumbado a la bartola en tanto engordaban

sus ovejas sin que él se tomara ninguna molestia ni trabajo. Caín, por el contrario, trabajaba de sol a sol, y con qué herramientas, para sacar una mala cosecha de una tierra árida e ingrata. Es lógico que lo bueno del campo se lo quedara para él y para su familia, y le ofreciera a aquel dios que lo estaba matando a trabajar las espigas menos jugosas, y que, al fin y al cabo, no las necesitaba. Por eso, Abel, por un inútil mantecoso cordero sacrificado, fue el preferido de dios, y por eso surgieron los celos, y de los celos vino la quijada del burro y la sangre derramada. Siempre he creído que dios se sintió parte de la culpa de aquel asesinato, y que por esa culpa dejó escapar a Caín sin ningún castigo. Pues lo que le dice de que irás errante por el mundo, etc, etc., no son sino palabras sin ningún sentido.

Esta puntualización, por mi parte, nos llevó a plantearnos si no serían los padres, también, parte del problema, pues sabido es que, a veces, se inclinan por unos o por otros de los hijos, lo cual va encendiendo un cierto rencor en quien se siente, o se cree, desplazado. Ahora bien, demasiado a menudo se han visto casos de padres ejemplares que han tratado a los hijos con idéntica consideración; y, sin embargo, cada uno de los hijos ha salido distinto. Tan distintos, a veces, como el día y la noche. ¿Por qué sucede esto?

Siempre me ha llamado la atención, por otra parte, aunque relacionado con el tema del que estamos hablando, que con dos ojos, dos orejas, una boca, una nariz, un poco de pelo y unas cejas, se puedan conseguir hombres y mujeres tan diferentes entre sí, tanto que, salvo raras excepciones, es casi imposible confundir a unos con otros. Y somos millones de personas. Algo similar sucede con la voz. ¿Es posible, pues, que los comportamientos sean tan dispares como nuestra apariencia física? Nuestras apariencias, sin embargo, no son contrarias, aunque sí distintas.

Tal vez en el fondo no seamos tan distintos como nos imaginamos. Salvo contadas excepciones. Es posible que el ser dispares, en las actuaciones, se deba a que cada uno de nosotros cree que la felicidad está en un lugar determinado que no coincide con la de los otros, aunque también es cierto, al final podemos agrupar a los hombres por muchas causas, de muchos modos y muchas maneras. Y las disimilitudes se reducen a muy pocas: el día y la noche, el verano y el invierno, lo blanco y lo negro... Pero también a considerar estas parejas como la continuación uno del otro. Es decir: que el día y la noche es lo mismo, como quería Heráclito, o que son necesarios los contrarios, pues sin ellos no habría, cambio, mutación ni avances y retrocesos.

La solución de Heráclito nos parecía bien para la filosofía; pero a nosotros nos interesaba la acción cotidiana del hombre. Y ahí seguía sin explicarse el comportamiento dispar de las personas. Siguiendo el razonamiento de uno de los compañeros, se entendía, hasta cierto punto, que un persona de clase inferior, en el siglo XIX, se enrolase en el ejército y luchase defendiendo los intereses de una clase social que no era la suya: el ejército era la única forma de promoción que tenía. Sí, pero ¿por qué en caso de guerra pueden llegar a enfrentarse pueblos contra pueblos que ni siquiera se conocen y en nada se han molestado? ¿Ningún soldado francés se percató de que no tenían ningún derecho a invadir Rusia con Napoleón? ¿Ningún soldado alemán se percató de las salvajadas que estaban haciendo sus superiores? Quizás lo hicieran, pero ¿cómo sublevarse contra una situación así? Tal vez la más mínima protesta lo hubiera llevado al paredón de fusilamiento, y no formando parte del pelotón, sino siendo el blanco de este.

Hay personas, en la misma familia o en la misma ciudad, que viven preocupados por cuanto sucede a su alrededor. A otros la vida siempre los coge por sorpresa. Bien es verdad que es una desgracia estar todos los días preocupándose por el senado y por el imperio romano. Pero es que, ni aun así, se logra nada. Ambos personajes, como ha sucedido a menudo, pueden acabar luchando contra el mismo enemigo, que no es suyo sino de las élites que se han enfrentado. Y de esta forma llegábamos al punto crucial: ¿qué hace que un proletario defienda, a sangre y fuego, a un burgués? ¿Cómo una persona puede luchar contra sus propios intereses? ¿Por qué cada uno ve la felicidad en un lugar distinto aun en contra de él mismo? ¿Por la pereza a pensar?

Nunca, querido amigo, llegué a ninguna conclusión válida. Quizás porque son muchos los factores que influyen en esa elección de la felicidad o del camino que, creemos, ingenuamente, que nos lleva a ella. O quizás, y vuelvo a Grecia, porque se necesita lo dispar. También he pensado a menudo que aquellos jóvenes, con nuestras absurdas y necesarias discusiones formábamos un grupo tal vez más pretencioso que preocupado. No obstante, un día se me ocurrió pensar que lo mejor hubiera sido que

Caín se fuera de su pueblo, sin prestar atención a su hermano, ni al dios que lo sustentaba. Quizás hubiera sido mejor para todos por mucho que se predique que huir es cosa de cobardes. Tal vez; pero, y en contra del senado romano y tal vez tuyo, creo que vale más un cobarde huyendo que una guerra declarada por muchos valientes. O que, como dijo Erasmo, la peor de las paces es preferible a la mejor de las guerras. Estoy intranquilo. Ya sé que disintimos. Qué le vamos a hacer. *Vale*.

[1](#)Miserum illum, qui admonitorem cuum eget, non habet.